

Santiago, 27 de Septiembre de 1924.

REPORTAJE A UN ALCATRAZ

Tanto ha hablado en "La Nación" Paul Verjé en contra de los alcatraces, que me decidí a entrevistar a uno de ellos.

Inmóvil, triste, con el largo cuello replegado sobre el gracioso y húmedo plumaje, el enorme alcatraz parecía un complemento de la roca desde la cual contemplaba el lento descender de la marea.

Su actitud impasible indicaba claramente que no habían llegado hasta su oído los amargados acentos con que los defensores del podrido régimen tratan de distraer la atención de los cirujanos de uniforme, resueltos "a extirpar la gangrena" con sus sables.

¡Con qué empeño peroran que se olvide el pasado, que se guarde silencio sobre los actos y los hombres que "La Nación" defendió con tanto esfuerzo, con qué tono tan tétrico y enérgico se ataca a los indiscretos que estornudan al pasar frente al lecho del enfermo, oculto bajo algunos ejemplares del diario alessandrista.

-¡Chit! ¡Cuidado! No lo vayan a ver los cirujanos! ¡Mas piedad con el caído! ¿Quién le manda pasar ante el enfermo sin taparse las narices? Ustedes son infames, unos inmundos, unos alcatraces!

La soñolienta actitud con que el pájaro aludido, continuaba en su roca, parecía realmente incompatible con la gravedad y la naturaleza de los cargos que pesaban sobre su conducta.

-Señor Alcatraz - le dije - desde algún tiempo a esta parte "La Nación", ha venido criticando acervamente su actitud y la de todos sus congéneres en el último movimiento militar, y desearía conocer sus opiniones...

-¿Sigue saliendo "La Nación"? me preguntó con extrañeza. ¿Todavía no da por terminada su campaña en favor de la política del señor Alessandri?

-Señor, - me atreví a observarle - los cargos que hace el diario del señor Yáñez, a la familia de los alcatraces, son perfectamente concretos. Lea Ud. algunas frases de este artículo publicado el 22 de Septiembre. "Viven de despojos muertos y de podredumbres." "Si no la hay la cultivan." Tienen un arte infinitivamente fértil en recursos para exaltar el interés malsano y los mas bajos instintos de los hombres." "Son maestros en la tarea de suscitar desconfianza."

-¿Maestros", dice el párrafo? Esa es una verdadera ofensa. Yo no puedo tolerar que me den ese calificativo, como si fuera el señor Yáñez. Nosotros los alcatraces nos respetamos demasiado para "ser" maestros en el arte de suscitar desconfianzas". ¡No faltaba más!

Y el alcatraz sacudió la cabeza con indignación. Replegó en seguida el cuello con hondo desaliento y se quedó algunos minutos con la mirada triste y fija en el oceano.

- ¡Qué ingratitud! - exclamó por fin - ¡Trabajar en la tarea más improba y penosa y cosechar solo ofensa e injusticia! ¡Créame Ud. amigo, que la vida de los alcatraces no puede ser más triste! Como hacemos el papel de policía de aseo, la mugre y los desperdicios, nos miran como enemigos, nos insultan, nos ofenden! Se nos llama inmundos porque tratamos de limpiar el agua de la basura que ha quedado flotando en la superficie.

Los desperdicios son en cambio dignos de toda consideración, por cuanto son "caídos", y los "caídos" - ya lo ha oído Ud. - son siempre respetables. Tocarlos solamente es crueldad inaudita. Hay que olvidarlos, hay que dejarlos en su sitio aunque apesten la atmósfera. ¡Vea Ud. lo que acaba de pasarme! El otro día cometí la ingenuidad de querer limpiar el agua de un molusco repugnante, una gibia medio muerta que no tenía otra gracia que echar tinta, como ciertos escritores, para oscurecerlo todo, en torno suyo.

Tenía los tentáculos gastados a fuerza de pescar cuanta piltrafa caía de la Mave del Estado; a cada golpe que le asestaban los marinos se perdía en el fondo como muerta, para volver en seguida a apa-

recer, acercándose con aires humildes y viscosos a los mismos que lo habían apaleado.

Cuando la sequé del agua estaba casi sin vida, su sangre apenas circulaba, no tendría mas de 40 pulsaciones, y sin embargo, "la pluma" como dicen los marinos, se soltó a echar tinta y tinta, hasta dejarme impresentable.

¡Y métase uno a tratar de levantar desperdicios! En esta tierra sin ideales, querer luchar contra la podredumbre, soñar con un ambiente puro y limpio, tener en una palabra, alas, es una ignominia. No lo digo solo por los militares, lo digo por nosotros los alcatraces. De cuán distinto modo ha juzgado Baudelaire a nuestros amigos los albatros cuando ha dicho:

Al poeta recuerda, ese rey de los vientos  
Que desprecia las olas, y que atraviesa el mar:  
En la tierra, cargado de bajos sufrimientos.  
Sus alas de gigante no le dejan andar.

Y después de este arranque poético, el alcatraz, sin despedirse, se arrojó al agua para pescar un tiburón medio difunto, que a juzgar por su aspecto y sus mandíbulas, parecía pertenecer a una especie y un régimen extinguido.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile